

Utah State University

DigitalCommons@USU

Decimonónica

Journals

2011

Memoria del viage a Francia: Experiencias de una viajera argentina del siglo XIX

Norma Elena Alloatti

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usu.edu/decimononica>

Recommended Citation

Alloatti, Norma Elena, "*Memoria del viage a Francia: Experiencias de una viajera argentina del siglo XIX*" (2011). *Decimonónica*. Paper 186.

<https://digitalcommons.usu.edu/decimononica/186>

This Article is brought to you for free and open access by the Journals at DigitalCommons@USU. It has been accepted for inclusion in Decimonónica by an authorized administrator of DigitalCommons@USU. For more information, please contact digitalcommons@usu.edu.





Memoria del viage a Francia: Experiencias de una viajera argentina del siglo XIX

Norma Elena Alloatti

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Eduarda Mansilla de García suele ser reconocida como la *primera viajera* argentina que publica sus experiencias en *Recuerdos de viaje*, libro editado por la Imprenta de Juan A. Alsina en Buenos Aires, en 1882. Sin embargo, cuatro años antes había aparecido el libro *Mis impresiones y mis vicisitudes en mi viaje a Europa pasando por el Estrecho de Magallanes y en mi excursión a Buenos Aires pasando por la Cordillera de los Andes* de la chilena Maipina de la Barra, viuda de Cobo, por entonces radicada en la ciudad porteña. Ambos libros pueden ser considerados los primeros concernientes al género de viajes escritos por mujeres en Argentina, si se desconoce que, unos treinta años antes, había circulado *Memoria del viage a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires*, escrita por Francisca Espínola de Anastay y publicada en la imprenta de Carnaud cuando el matrimonio Anastay llega a Marsella en 1850.¹

La ausencia de esta *Memoria* en las antologías y tratados sobre viajeras y viajeros desde y hacia el Río de la Plata se debe, quizás, a que es el único texto de Francisca Espínola y que, según ella, al escribirlo cumple con su promesa de compartir el viaje con otras mujeres. El reconocimiento de Eduarda Mansilla, en cambio, se hace dentro del estudio de toda su labor escrita ya que la edición de sus *Recuerdos* se produce en un momento de producción literaria prolífica, cuando Eduarda ya posee identidad como autora de artículos periodísticos, novelas y cuentos infantiles (Sosa de Newton, “Eduarda Mansilla de García” 91), además de ser una incansable viajera. Como advierte María Rosa Lojo, “Probablemente Eduarda Mansilla es la escritora argentina con un *récord* más amplio de viajes (y permanencia) en territorio europeo, donde tuvo ocasión de vincularse a las personalidades más conspicuas de la cultura (desde Alejandro Dumas a Rossini o la famosa cantante Alboni), de la política y de la realeza (frecuentó la corte de la Emperatriz Eugenia de Montijo)” (14).

Por su parte, Francisca Espínola de Anastay, cuyos datos filiatorios provienen de modo insuficiente de su propio libro,² relata un viaje que hace desde Buenos Aires a Marsella junto a su marido, de origen francés, quien, después de veintiocho años de residencia en la Confederación (23), regresa a Francia para resolver negocios y, en apariencia, radicarse por un tiempo allá. Esta *Memoria del viage a Francia de una argentina de la provincia de Buenos*

Aires, se publica de inmediato para que el “Sr. de Roqué,” compañero de recorrido del matrimonio Anastay, volviera a Argentina libro en mano para distribuirlo entre las amigas de la autora. El libro tiene ciento cuarenta y cuatro páginas y en la portada no hay más que cuatro iniciales F.E.D.A, enmarcadas por una filigrana, que se dilucidan casi al final, cuando la autora escribe su epitafio (137).

Francisca decide acompañar a su “Esposo” a su tierra nativa, en vez de esperar su regreso que, ella misma deja entrever, le hubiese llevado un largo año de solitaria espera. El viaje a Francia es un traslado “circunstancial” para la mujer que no parece haberlo previsto ni esperado. Luego, lo convierte en relato con la intención de que su experiencia llegue a manos de sus compatriotas, para anotarlas de las impresiones que la asombran o la aturden, tanto en la travesía del mar como en las ciudades francesas. Su dedicatoria así lo expresa: “A mis apreciables Parientitas y queridas y muy distinguidas Amiguitas” en un tono intimista y aún infantilizado por el empleo de diminutivos, al que acompaña una aclaración sobre el uso de un “lenguaje de la sencillez y la verdad” (3). Ello previene a lectoras y lectores acerca de la modestia de la autora quien se posiciona en un lugar de recato y cautela, desdibujando así innecesarias críticas a su escritura, una actitud que la identifica con la “Wily Modesty” que Bonnie Frederick (*Wily Modesty* 52) reconoce en las escritoras de ese tiempo.

El libro se concibe a partir del extrañamiento que provoca el éxodo familiar desde la tierra nativa de la autora para cuidar de Anastay, que regresa a la suya con intención de atender negocios pendientes. La mujer no manifiesta otro motivo que el estricto cumplimiento de los deberes de esposa, por lo que plasma un relato donde la nostalgia, la pérdida del hogar y de los vínculos primarios en Argentina se cuelan todo el tiempo— aunque ella trate de aquietarlos bajo la apariencia de un destino providencial, al cual se someterá porque ése es el deber de toda mujer de fe y profunda devoción religiosa. Del mismo tenor resultan los recuerdos dedicados a su “hijita” muerta en Buenos Aires frecuentes en el relato, como también las rimas y la despedida que a ella dedica, al partir. Las acciones de Francisca son una muestra de lo que Dora Barrancos identifica como “el culto de la madre virtuosa y de la esposa fiel y cuidadora” (94).

Para Francisca resulta el primer cruce del Atlántico, por lo que todo lo que ocurre en el vapor le provee información sobre un mundo desconocido. Da cuenta de la partida en una ballenera que los acerca hasta un barco que no identifica y del que consigna que, acompañados por el práctico de a bordo hasta la salida del estuario, inicia el viaje trasatlántico el martes 19 de marzo de 1850.

Construcción de la Memoria

En su conjunto, el relato de Francisca puede ser dividido en dos grandes partes. La primera parte coincide con el viaje por mar y la segunda con la travesía por las ciudades francesas, aunque el texto se presenta de continuo, a manera de diario de viaje. Durante el cruce trasatlántico sus escritos se suceden día tras día y, en gran medida, están destinados a anotar sus malestares físicos y los de su marido. También redundan en los ruegos que serenar su espíritu dándole a la narración un tópico religioso pronunciado. Pero cuando se encuentran en tierra firme, la prosa se vuelve fluida: abandona el carácter

diario (aunque ella siempre refiere las fechas en las que se encuentra en cada ciudad) y la variación de los temas se expande, incluyendo impresiones no tan íntimas y observaciones precisas de los lugares que recorren.

La travesía del Atlántico y el desembarco en Sète, pequeño puerto francés, les lleva aproximadamente setenta y cinco días, apenas unos veinte menos que los interminables noventa y cuatro de la travesía hecha por la tercera hija de Mariquita Sánchez (1786-1868), cuando en 1842 viajara a Francia para casarse con el capitán Chiron de Brossay—viaje que “se prolongó al punto de que durante las últimas semanas escaseaban los víveres y sólo se comían porotos” (Sáenz Quesada 251). Francisca, al concluir su *Memoria*, también compara la demora de un barco que había salido un día antes que ellos de Buenos Aires, pero que ha “empleado en su viage tres meses y ocho días, y nosotros no hemos tardado en venir mas que dos meses y trece días” (135), remarcando que la experiencia de una travesía corta no es frecuente.

El itinerario marítimo está narrado como un diario de a bordo y cada día se inicia con la advocación religiosa correspondiente al Santoral y al novenario. Desde el principio al fin del viaje, la religiosidad de la narradora aparece en la agenda que construye el relato. En innumerables ocasiones, ya que un alto porcentaje del texto está destinado a corroborar su fe y su devoción al culto católico, ella evidencia sus convicciones. Lo hace refiriéndose a cambios climáticos, a tormentas, a trastornos provocados por la navegación que ella o su marido sienten durante el viaje. Espínola relata su viaje con los testimonios de sus impresiones, no con el afán de convertirse en narradora o escritora. Como señala Bonnie Frederick en su estudio sobre los hermanos Mansilla y sus relatos de viaje, “Para las mujeres, las memorias de viajes se ofrecen a una voz autorizada que su sociedad no podía negarles; la viajera fue al lugar que describe y sus lectores se quedaron en casa, ella lo vio con sus propios ojos y por eso tiene los conocimientos especiales del testigo” (“El viajero y la nómada” 247).

El relato de Espínola asume la voz del testigo, de quien hace la travesía y en ella padece los sinsabores de lo riesgoso—el viaje de ultramar—pero también disfruta los placeres de ver lo que otras y otros aún desconocen—el ferrocarril, el progreso de las ciudades francesas, las costumbres de otros pueblos. Mary Louise Pratt caracteriza como “popular género de literatura de supervivencia” a los relatos que, como el de La Condamine, se ocupan de alguno de los dos grandes temas de este género: “por un lado, las dificultades y peligros atravesados; y por otro, las maravillas y curiosidades vistas” (45). Por su parte, Ricardo Cicerchia, en alusión a la construcción de las crónicas sobre el Río de la Plata hechas por los viajeros británicos en el siglo XIX, señala este sello: “El viaje, el andar, el trajín, pautan la fisonomía de los relatos que deben definir estos bordes. El acontecer ordenaba el journey, el movimiento físico y la manipulación interesada de la memoria trazaban el guión” (14).

Francisca Espínola elabora sus textos siguiendo este esquema. Los trazos testimoniales están en cada frase del relato; ella ve, oye y circula por donde todavía no lo han hecho sus amigos y parientes. Su voz, su presencia, sus vivencias, en muchas ocasiones cargadas de ingenuidad y candor, aparecen como experiencia vívida, no tanto como recuerdo. Esto la diferencia bastante de su contemporánea Mariquita Sánchez en su obra *Recuerdos del*

Buenos Ayres Virreyenal. La narración de Francisca Espínola apela a la memoria, pero a diferencia de Sánchez, que organiza su relato con distanciamiento, Espínola se ubica en el lugar central, por lo general con exceso.

Señala Mónica Szurmuk respecto del texto de Mariquita, dirigido a un único lector, Santiago de Estrada, publicado mucho después de la muerte de la escritora, en 1953:

Los relatos autobiográficos hablan sobre lo personal recuperado en la memoria. En *Recuerdos* lo personal no aparece. Sánchez no escribe en primera persona y no se pone a ella misma como participante de las convenciones sociales que describe. Se distancia aún más de los sucesos que narra, pues omite la relación que la une a las personas más importantes de su vida, como sus padres y su primer esposo. Este distanciamiento de los sucesos que se describen es típico de las narrativas de viajes, en donde el peso del narrador o de la narradora recae en su función como testigo. (46)

El libro de Espínola posee muy pocos párrafos que puedan ser considerados desde esta perspectiva. A lo largo de la travesía por el Atlántico y por el Mediterráneo ella “protagoniza” todos los avatares del relato diario—su apelación es a un registro instantáneo, de primera mano. Además, reduce la presencia femenina a su persona, ya que no manifiesta que otras mujeres se hallen a bordo. El viaje que relata es compartido con su marido, con el Sr. de Roqué y, en contadas ocasiones, hace referencia a los tripulantes, al punto en que el nombre del capitán sólo aparece casi al final del libro:

Si en alguna ocasión tratasen de venir á Marsella, para animarlas las [*sic*] dice, que precisamente al recibo de esta estará en Buenos Ayres el capitán que nos trajo, Lamaresquier, que es inteligente, muy practico y celoso; se puede venir durmiendo, dice mi Esposo, pues créese sea raro el que le aventaje en el conocimiento de su profesion. (141)

Mientras están embarcados su texto se parece mucho a un breviario en el cual la autora estampa devotas reflexiones:

[Frente al] altar, en donde está María Santísima, mi Madre y Señora de los Desamparados con su divino Niño, el Señor crucificado, los sagrados corazones de Jesus y Maria, San Andrés, San Lorenzo y San Francisco de Paula, con todas las grandiosas y de mucho valor Reliquias de Santos, Cordones de lo mismo, Escudos y Corazones de plata de diversas imágenes, mas de una docena de escapularios del Corazón de Jesus y de varias imágenes, la medida de la Virgen de Luján. (40)

Este altar la acompañará también en la “visita á Nuestra Señora de la Guardia, á la capilla que está en la cumbre de la montaña,” en Marsella, peregrinación que Francisca, Anastay y un sacerdote español que daría la misa, emprenderán el sábado 15 de junio, de madrugada: “[Y]o llevaba á mi Madre y Señora de los Desamparados, iba el sacerdote, mi esposo y otros señores llevaban las flores y el sirviente doce grandes velas de cera”

(117). Más adelante, cuando visita el cementerio de la ciudad, manifiesta el deseo de que su tumba cuente con la protección de esta imagen a la que, durante la travesía de ultramar, tiene que mantener atada para evitar su rotura.

Las observaciones como *testigo* distante son menos frecuentes y le sirven, ocasionalmente, para referenciar la naturaleza y la vida sobre el barco. En pleno cruce del Atlántico, anota:

Me causa admiración el ver tal variedad de pájaros, grandes y pequeños, que cubre el mar; yo había creído siempre que el mar solo tenía en su seno pescados aun de calidades y tamaños diferentes, pero nunca concebí que contuviese aves de vuelo. (33)

O, días más tarde, cuando refiere la presencia de *cocoloba uwifera*, flotando en el mar:

Subo a la baranda y me muestran la multitud de uvas del mar, pues así llaman a una especie de enredadera semejante a la gramilla, de hojitas largas y angostitas, y que da un fruto poco más grande que el grano de pimienta, solo se ven en el trópico y antes de pasarlo; todas son de color de oro. (56)

Sobre las condiciones del viaje y las faenas en el barco, de las que a veces es partícipe espontánea, dice:

En este momento tiran al mar lo que llaman corredera para saber las millas que caminamos por hora, y yo tomo la ampolleta que es un instrumento formado por dos bombitas de cristal unidas y con una comunicación tan fina como la punta de un alfiler y por la que pasa de la una a la otra la arenilla que hay contenida en ellas; cuando la arenilla acaba de caer entonces doy el grito, y esto les causa risa; paran al pronto de dar larga a la corredera. (22)

A un mes de viaje, cuando se hallan a punto de atravesar el Ecuador, Francisca relata la experiencia desconocida después de esperar varios días la llegada a la “línea”:

Viento próspero, mar sereno. Dice el segundo que esta noche, como á las dos, llegaremos á la línea, y como son más de las diez y el viento es benéfico, la pasaremos sin demora ninguna. A mí me acompaña un cierto temor, pues me han dicho que á todas las personas que pasan la línea por primera vez, desde el capitán hasta el último marinero, les echan baldes de agua con toda materialidad, y hasta los atan y los zabullen en el mar, despues es la risa y la jarana; y yo, como sé que gente de marinería no es generalmente fina, pues al fin marineros, me esforzaba en aparecer contenta. [. . .] yo elegí de padrino al capitán, pues dan á esto el nombre de bautismo. (41-42)

Francisca comenta que en la noche había comenzado a llover y, como no la dispensaban del bautismo, a las cinco de la mañana se vistió con ropa apropiada para presentarse ante su padrino, el capitán, improvisando incluso un velo. Pero los marineros le avisan que ya habían cruzado el Ecuador mientras dormían. Ante la advertencia de que igualmente la mojarían si no les hacía algún presente, decide llevarles “varias frioleras de dulce y unos cigarrillos,” a la hora del almuerzo y ellos igual la mojan “bien que con finura, con unos vasitos de agua” (43). La situación se asemeja a la narrada por Flora Tristán unos años antes: “Como la tripulación del “Mexicano” se componía de hombres civilizados no hubo bautismo al pasar la línea aunque igualmente se le reclamaron al capitán -en esa oportunidad- los “dones” para atender a los reclamos de Neptuno, mágicamente representado por algunos tripulantes llamados “conspiradores” por Tristán (135).

En escasas oportunidades Francisca deja entrever su condición “letrada,” reservada a las mujeres criollas más acomodadas en tiempos de la aparición de la literatura romántica. Para Graciela Batticuore es el momento en el que los publicistas discuten acerca de la lectura femenina. En su estudio acerca de la mujer romántica, Batticuore plantea que durante la década de 1840, tanto Sarmiento como Alberdi “coinciden en que las mujeres no pueden ni deben leer cualquier cosa” a la vez que “piensan intensamente en renovar la moral femenina a través de una educación literaria especialmente programada: de ser posible, mediante la creación de una biblioteca escogida y selectiva, exclusivamente diseñada para las mujeres” (41).

Francisca Espínola confiesa al principio del libro haber recibido “la mejor educación” de sus padres, pero aclara que las lecturas clásicas no influirán en su narración:

[Ya] que desconozco esos grandes historiadores que con sus sublimes talentos hacen brillar las columnas de sus obras; no crean que he ido a buscar la gran sabiduría de un Salomón, de un David, ni la elocuencia de un Cicerón, ni las poesías de un Virgilio ni de tantos otros grandes escritores, cuyas obras merecen tanta aceptación.

Nada he pedido prestado á estos sabios respetables, solo el deseo de complacerlos, pues todas á la vez [. . .] me dijeron les enviara la relación circunstanciada de mi viaje. Tengan Vds. por cierto, que no he tenido á la vista una sola obra que haya podido darme luces de entretenimiento y dulzura, con la que pudiera hacerles deleitosa su lectura. (3-4)

Este comienzo de relato, a la vez que niega sus bases ilustradas, legitima su rol escriturario. Alejandro de Oto y Jimena Rodríguez plantean que en los relatos de viaje se pueden percibir dos vertientes: la *empírica* y la *recibida de la tradición*. La primera vertiente se nutre de lo observado durante la travesía; la segunda se apoya en los saberes previos del narrador. De modo que anotan: “si por un lado el viajero es un sujeto de la experiencia sensible, también es un sujeto de la lectura” (23). Francisca Espínola se inscribe, con su pudorosa declaración, en la modalidad empírica, la más frecuente entre las mujeres que escriben. Batticuore lo advierte con claridad en el análisis que hace sobre los condicionamientos que sufren las que tienen vocación literaria, que atemperan sus relaciones con el mundo de las letras para no ser juzgadas como pedantes, ridículas o

imprudentes. En la carta que la chilena Mercedes Marín envía al escritor argentino Juan María Gutiérrez, Batticuore revela estas estrategias:

Saber callar, atenuar los excesos de un conocimiento que sobresale del resto, *disimular*, son habilidades que las mujeres ilustradas deben aprender también, si no desean ser infelices.

Pero lo que también queda claro en esta carta es que entre *saber leer* y *saber escribir*, es esta última destreza la que se presenta como el más riesgoso de los saberes para una señorita. (113, destacado en el original)

Quizás por no correr esos riesgos, Francisca sólo alude de manera explícita a una lectura pueril, cuando se identifica con uno de los personajes de la *Historia de la vida, hechos y astucias sutilísimas del rústico Bertoldo, la de Bertoldino su hijo, y la de Cacaseno su nieto: obra de gran diversión y de suma moralidad, donde hallará el sabio mucho que admirar, y el ignorante infinito que aprender*:

Como saltan pescados tan grandes cerca del barco, me asiento en la baranda y provista de pedazos de bizcochuelo que llevo en mi pañuelo, me divierto en échárselos para entretenerles mientras traen los anzuelos; con esta operación yo sola me distraigo [. . .]; y me parece que soy Bertoldino el tonto, el hijo de Bertoldo, cuando tiraba, en pedazos, á las grullas que estaban en la laguna, los sacos de pan que tenía la madre, á ver si podía agarrarlos. (63)

La evocación del texto de Giulio Cesare Croce, publicado originalmente en italiano en 1606, es la única alusión a un libro leído por la autora, aunque sus conocimientos se manifiestan también en las continuas reminiscencias de carácter religioso y, como se ha visto, en la mención inicial de varios “sabios respetables” que, ella misma refiere, nunca podrá emular. Por otra parte, la referencia a Bertoldino puede ser interpretada como una marca de candidez infantil porque ese texto, como se aprecia en la advertencia que acompaña su título, posee carácter recreativo y pedagógico.

Francisca se ocupa de disimular su ilustración una vez más cuando reflexiona sobre la necesidad de perfeccionar su francés y aclara que su marido ya ha hablado con una persona para que se lo enseñe, explicando que “como hace tiempo que sé traducir me parece que no me será difícil” (132). Muchas de las niñas de los sectores más acomodados de la sociedad criolla son educadas en lengua francesa, además del español. Es conocido al respecto el rol de traductoras que hacen Manuelita Rosas o Eduarda Mansilla frente a delegaciones extranjeras, dando cuenta que las jóvenes poseen destrezas en el manejo de la otra lengua, habilidad que en el caso de Francisca Espínola pudo ser adquirida, también, a raíz de su matrimonio con Anastay.

Escribir desde la sujeción

Después de la defensa de las rutas fluviales en la *Vuelta de Obligado* (20 de diciembre de 1845), las relaciones de la Confederación Argentina, Gran Bretaña y Francia están

signadas por conflictos armados y escasas posibilidades de resolución por vía diplomática. Las costas de los ríos Paraná y Uruguay son escenarios de combates sucesivos y las incursiones de las flotas extranjeras por el litoral fluvial continúan durante tres años más. Rosas refuerza su poder a partir de *Obligado*, pero la resolución de la contienda con sus enemigos europeos no llega sino a fines del año 1849, cuando Gran Bretaña levanta, unilateralmente, su intervención. Por su parte, el gobierno francés prosigue las negociaciones con el gobernador y al momento de la partida del matrimonio Anastay hacia Francia, las cuestiones políticas entre Rosas y los representantes del estado galo están en pleno tratamiento. Aunque Francisca nunca menciona que esta situación afectara a su familia, es probable que el regreso de Anastay se debiera no sólo a la venta de sus propiedades, sino a las complicaciones que estos sucesos le acarrearaban en Argentina. Durante el viaje, el 30 de marzo todo lo que anota Espínola, tal vez a modo de justificación del viaje, es:

San Juan Climaco, el natalicio feliz de mi Sor. Gobernador, y tuyo también, dije á Anastay; mio como Argentina, y vuestro porque has residido en la Confederación el prolongado tiempo de veinte y ocho años; porque te has prestado gustoso en favor de la Pátria, en cuanto se haya exigido en todo sentido, y otras cosas que la caridad te ha dictado en beneficio de hospitales y demás; porque has estado siempre en el mejor concepto con los federales; y porque sabes que el Sr. Blanco te dijo un domingo: Sr. de Anastay, Vd. Puede ir á votar para que nuestro Sr. Gobernador subsista, pues es Vd. ya como un Argentino. (23-24)

El matrimonio Anastay viaja junto al señor de Roqué y a un sirviente llamado Juan, que Francisca menciona en contadas ocasiones. Ni del señor Roqué, ni de Anastay es posible conocer sus nombres de pila, pues siempre aparecen citados como “señor de” o solamente por el apellido. Para Anastay, hay una alusión de doble inicial “A.A.” (137), como indicio de nombre y apellido cuando Francisca escribe el epitafio de su tumba, dando por sobreentendido que ella morirá antes que él a pesar de que de modo tácito y en distintos pasajes del texto hace suponer que su *Esposo* (siempre escrito con mayúsculas) es un hombre mayor (quien antes de asentarse en el Río de la Plata había tenido otro matrimonio del cual quedaban hijos en Francia). Si los dos hombres de su clase aparecen nombrados por el apellido, en cambio, al sirviente siempre se lo llama Juan a secas.

Ricardo Cicerchia refiere a *relaciones sociales estigmatizadas* cuando revisa la mirada de los viajeros ingleses de principios del siglo XIX, sobre todo en lo referente a indios y gauchos (15). Incluye, entre ellas, las alusiones al *patriarcalismo de la sociedad argentina* frecuentes en casi todos los escritos que describen a las mujeres de la pampa. La *Memoria* de Espínola plasma los rasgos del patriarcalismo señalado por Cicerchia, ya que ella recalca que sus decisiones personales se sujetan a los proyectos de su marido. Al principio ella asegura que la determinación de acompañar a su marido le ha costado muchas reflexiones: “Yo debía de no aparecer triste a la vista de un buen Esposo que a cada momento me repetía que siempre estaba a tiempo de quedarme aunque se perdiera el doble de lo pagado, asegurándome que volvería dentro de un año” (5).

Después lo reafirma cuando evoca las razones que la impulsaron a hacer el viaje:

El Sr. de Roqué, que tanto me animó, y como Señor de tanto pulso y razón, me felicita y me dice que he debido dar este paso, pues en ello doy las mejores pruebas de cariño y de reflexión; que mi Esposo y él, viniendo juntos y habiendome yo quedado, se habrían vuelto dentro de un año, pero que es mucho mejor mi compañía, estando decidido mi Esposo á hacer este viaje por no tener quien pueda venir a hacerse cargo de la venta de las casas, y porque para manejar intereses es preciso que sea persona de su confianza, pues aun cuando tiene un hijo no se determinaba á mandarle. (46)

Por otra parte, la difusión de teorías científicas tales como la evolucionista—que imponen rasgos de inferioridad a personas con costumbres extrañas a las propias de quienes las formulan, como los aborígenes o los negros—lejos de esclarecer la posición de las mujeres en la sociedad en que viven, instala un pensamiento sobre la subordinación femenina al mundo masculino que Dora Barrancos explica así:

Las mujeres fueron catalogadas como débiles y menos inteligentes, sólo aptas para parir, criar y asistir al cónyuge: funciones admirables que estaban en su naturaleza. Los varones fueron indiciados como fuertes y más inteligentes, idóneos para producir, realizar descubrimientos científicos y gobernar. (90)

Dicha subordinación aparece en el texto de Espínola en varias oportunidades. Y así como la figura del *Esposo* está siempre delineada mediante ese apelativo, la figura masculina del criado es indispensable cuando Francisca sale a hacer compras en *Montpeller* (*sic*) en su compañía, ante la ausencia de su marido:

[D]espues me dirigi á las tiendas con Juan, porque aunque no sabe el frances siempre se expresa mejor y le entienden mas que a mi, pues mi Esposo habia ido á una diligencia; mas, que trabajo me da la plata en el bolsillo del traje, y aun mucho mas el entender la moneda, pues aqui se cuenta la plata por francos y el cobre por céntimos y por sueldos. Tomé una cofia, que las hay con diferentes terciados y moños de cintas entre los encages, y como no quiero hacer traicion á mi divisa federal, elegi una con cintas de color punzon y tambien porque sabia que le agradaria á mi Esposo [. . .]. (100)

Señala María Gabriela Mizraje que las mujeres que escriben durante el siglo XIX ingresan al ámbito público *por contigüidad*:

Mujeres reconocibles, en gran medida, por sus filiaciones con los hombres: *hija de, hermana de, madre de, esposa de, amiga de* suelen ser los giros que encabezan las explicaciones obligadas para definir las, porque el rol público (político, militar, cultural) de esos varones de su entorno permite, de algún modo, hacer extensiva la privacidad de tales mujeres. (20, remarcado en el original)

En el caso de Francisca, su contacto con el mundo de lo público siempre está mediatizado por varones. Aunque la compra que ella hace es de índole doméstica, se vale del criado como reemplazante de su marido en la gestión comercial ya que sabe que él logrará desempeñarse en el ámbito social con más facilidad que ella.

Además, en esa circunstancia y a falta de una contigüidad famosa, Francisca utiliza una muestra de fidelidad espontánea a la divisa federal que representa la afinidad con el régimen y con el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas. Ubicada en el sector político antagónico de la llamada *Madame de Stäel argentina*, doña Mariquita Sánchez, por sus ideas respecto a la nacionalidad y la ciudadanía, Francisca usa la expresión *¡Viva la Confederación Argentina!* para abrir su libro. Más adelante, destina a Rosas *vítores* personales al despedirse de la patria. La figura del gobernante será recordada en otras circunstancias y Francisca se ocupa de enaltecerla en las menciones que le dedica en su *Memoria*. Por un lado resalta su protagonismo político con epítetos tales como: “Un justo y sabio gobierno,/Amoroso y paternal” (7) o “nuestro sabio y coloso Gobierno” (119). Por otro lado, destaca el trato personal que ella dice haber recibido por parte de la familia Rosas mientras residía en Buenos Aires. Aunque no son referencias constantes, introduce evocaciones patrióticas informales acerca de su relación con el régimen federal al menos unas cinco veces: recuerda el día de cumpleaños del gobernador (23) y se descontenta porque el viento le arrebató “unas muy ricas ligas de gró punzón” en la cubierta del barco mientras se las muestra a su marido. Ella lamenta haberlas envuelto “en un pañuelo de seda de manos, que me regaló mi querida Manuelita al tiempo de embarcarme” (62). Rememora encuentros con la familia Rosas cuando recorre el paseo del Prado, en Marsella y evoca en el recorrido a “la alameda á la quinta de nuestro amado Gobernador” (140).

En la *Memoria* la autora se muestra atenta a mantener su adherencia a la divisa punzó, símbolo de la federación rosista. Lo hace de una manera tan franca que, a menudo, cuando algo color “punzón” (como ella lo llama) aparece a su vista, de inmediato recuerda a su patria—tanto da que sean las sillas del teatro como las cintas de una cofia, el terciopelo de los palios en las procesiones o el color de alguno de sus propios trajes. Para Lily Sosa de Newton, Juan Manuel de Rosas, mediante un “rígido sistema paternalista,” se convierte “en el gran padre autoritario de todas las mujeres, a las que dictaba hasta el color de su tocado” (*Las argentinas y su historia* 80). Por su parte, Ricardo Salvatore explica que la “apariencia federal” era un rasgo que la población en general cuidaba sostener para evitar persecuciones policiales y mostrar adhesión al régimen:

En cierta medida, la apariencia federal protegía o escondía las opiniones e identidad política de una persona: en tanto uno vistiera como federal no era necesario pronunciarse como adepto al federalismo. La vestimenta incluía, para los hombres, la obligatoriedad de usar la divisa en la chaqueta y el cintillo en el sombrero y, para las mujeres, la necesidad de llevar un moño federal en el cabello. [. . .]. (364)

La mirada hacia la patria, ausente y lejana, también se muestra en las *rimas* que Francisca esboza en distintas partes del texto. Sus palabras aluden siempre a emociones muy íntimas, como le ocurre cuando queda muy perturbada por los saludos de sus amigas:

[E]ché á los pies de Martinita la despedida que por escrito hacia á mi querida Patria y á mi amada Hijita, y es la que cópio. No son versos, espreso ideas que me parecen razonables” (6).

Las rimas de la “Despedida a mi Patria” y las de la “Despedida/Triste y suscita que, acompañada de sollozos, dirijo á nuestro cementerio á mi infortunada hijita” (7-8) ocupan sendas páginas completas del libro. La primera lleva como subtítulo *¡Viva el gran ROSAS!* y los versos cortos destinados a la patria aluden primero a la tierra, luego al gobierno, a su marido, a la religiosidad y a los temores que siente al alejarse de la “dulce Patria,” de la “cara Patria.” También improvisa versos al avistar Montevideo desde el puerto (13-14). Más adelante anota loas y versos el 25 de mayo, como remembranza del “día de glorioso renombre para mi Patria”:

¡Viva la Confederación Argentina!
 ¡Viva nuestro Exmo. Se. Gobernador y Capitán General de la Provincia,
 Don Juan Manuel de Rosas!
 ¡Viva la Señorita D^a Manuelita Rosas de Ecurra!
 ¡Viva nuestra Junta de Representantes!
 ¡Vivan todas las bellas Argentinas!
 ¡Vivan todos los Argentinos que sostengan con ahinco la defensa de
 nuestra Patria!

Tres mil y tantas leguas/Disto ahora de tu seno;
 Las glorias de mi Patria/Con ternura recuerdo.

Mientras mi vida dure/Siempre me acordaré

Y el último suspiro/A ti dirigiré. (76)

Los principios del federalismo se exponen a la distancia, corroborando el sentido que poseen las fiestas mayas y julianas durante el gobierno rosista. No sólo sirven para rememorar la Revolución de Mayo (1810) y la Independencia argentina (1816), sino que también permiten asociar a los líderes federales y a sus ejércitos a las gestas por la defensa patriótica, en las que Francisca incluye a “todos los Argentinos.”

Sus loas abarcan, asimismo, a las “bellas argentinas” aunque ella no suele reparar en la existencia de otras mujeres—y menos aún de las que no son de su clase. Sus observaciones a menudo están ligadas a cuestiones relativas a su salud, y a sus fatigas y las de su marido. No hay *otras* u *otros*, símiles o diversos, salvo algunas pocas personas de origen español, familias con quienes ella puede comunicarse con facilidad. En este sentido, se diferencia bastante de la viajera suiza Lina Beck Bernard (1824-1888), también contemporánea de Espínola. Lina podría ser considerada como una viajera *sin poder de decisión*, sujeta a los movimientos que hace su marido, puesto que viaja con Carlos Beck a fundar una de las primeras colonias agrícolas de la provincia de Santa Fe. Sin embargo, Mónica Szurmuk remarca que Lina Beck Bernard elude esta situación en su escritura, ya que no hace lo que, por lo general, hacían otras escritoras: “Las mujeres que escriben en situaciones coloniales rara vez tienen poder de decisión, y si lo tienen, suele provenir de un hombre: un marido, un padre, un hermano” (59). En Espínola de Anastay esto es

evidente y, a pesar de que ella proporciona a las lectoras interesantes imágenes dando muestras de una fina observación, no se halla en su escritura ningún rastro de lo que Francine Masiello atribuye a las contemporáneas de Francisca—las que debaten sobre el papel de las mujeres en la sociedad mediante la escritura, y que Masiello denomina la *otra versión de la misión civilizadora*:

Como para emplear los materiales autorizados de los hombres de 1837, las mujeres contrarias a Rosas trataron de dar una forma más directa a la historia nacional. Como escritoras se inscribieron en el debate sobre el futuro argentino y utilizaron el espacio doméstico para reflexionar sobre el poder de las mujeres en la sociedad y sobre los futuros proyectos del Estado. Juana Manuela Gorriti, Rosa Guerra y Eduarda Mansilla formaron parte de una constelación de figuras que dieron forma a sus identidades a través de la escritura. Pese a la disparidad de sus proyectos, las unía un deseo común que consistía en ligar la perspectiva de las mujeres a un nuevo discurso nacional en formación, y en entrar en la arena pública a través de los privilegios de la autoría. (49)

Es difícil encontrar en la *Memoria* de Francisca intenciones de ingresar al debate público, cuestión que a ella parece excederle. Pero es innegable que ella enlaza su propia vida con la del régimen, reconociéndose adepta y preocupada por el destino de la patria amada aunque esté ausente de ella.

Una nueva frontera

La misión de acompañante que trasunta el viaje de Francisca hace que su relato se encadene con las decisiones que toma su marido. El libro se inicia con cierta incertidumbre respecto del regreso que, si se manifiesta en la “Despedida,” toma forma de exilio hacia el final del libro—al punto en que Francisca hace un reconocimiento en el cementerio de Marsella del lugar donde será enterrada. El cometido inicial del viaje se va transformando en aceptación de una radicación definitiva en Francia:

Anastay me dice con frecuencia, que si se pudiera ir á Buenos Aires por camino de hierro, iríamos y traeríamos á pasear por unos meses, unas veces á las amigas, otras á las parientitas, y así estarías siempre acompañada. [. . .] de mis visitas á penas son tres los que hablan en mi idioma. (132)

Y a continuación señala que enviará un retrato a una amiga que se lo pidió y que no ha decidido si se lo hará con gorra, al uso francés: “[N]o sé si se lo mande con gorra, pues no se podran formar una idea de lo acostumbrada que estoy á ella, y temo que llegue ocasión en que salga en camisa y con gorra; los mismos franceses y francesas dicen á Anastay que parezco del pais” (133).

Christian Kupchik en su análisis sobre la moral del viaje plantea que:

El viaje, en última instancia, no es reductible ni a su destino ni a su desplazamiento: consiste, ante todo, en bascular las fronteras de la propia identidad. Lo que nos enseñan los excéntricos, los mitómanos, los espías, pero también los inmigrantes de todo tipo, configura uno de los aspectos más bellos del arte de la peregrinación: pasar desapercibido, escapar a la asignación de los convencionalismos de los cuales se huye para resignificarlos. (76)

Francisca Espínola construye su relato como una joven argentina que, separada de amistades, parientes y aún de su patria, reafirma el rol de esposa frente a las decisiones de su marido. Cuando anota su epitafio lo deja claramente expresado:

Aquí reposan los restos de mi buena esposa. En este día y año de 18.. dieron fin sus padecimientos; dejó de existir dándome la última prueba de su educación, cariño y lealtad en seguirme sin que la intimidasen los inminentes riesgos á que se exponía, separándose de su patria, Buenos Aires, y del seno de sus amistades y parientes. (137)

El enmascaramiento como esposa abnegada que legitima su relato se desdibuja, en cambio, en las páginas dedicadas a los recorridos por las ciudades visitadas. Ella utiliza un lenguaje ameno propio de una viajera preocupada porque no se le escapen los detalles de los sitios que recorre. Hace hincapié en temas cotidianos, con descripciones francamente orientadas a que sus interlocutoras bonaerenses se representen los panoramas naturales y urbanos que ella narra, como si su relato fuese expuesto en una tertulia, bañado por una pátina coloquial algunas veces, epistolar las otras.

En los últimos días de mayo, al desembarcar en *Cetta (Sète)*, la población francesa, para dar fin al tormentoso cruce del Atlántico ella se sitúa en el centro de la escena y refiere:

El muelle [. . .], estaba poblado de gente en uno y otro lado. Me previnieron que me vistiera para dentro de una hora bajar á tierra; me puse un traje de seda, borra de vino, baston de aguas, pues aunque unas amiguitas me dijeron que desembarcara con vestido de raso negro, por ser moda el desembarcarse así, y que ellas mismas tuvieron la bondad de hacermelo, lo reservé para el desembarque en Marsella, por ser ciudad más populosa y de más etiqueta; me puse unas ricas medias caladas que una amiguita me regaló para memoria con el encargo de que me desembarcase con ellas, pues le serviría de consuelo y sería para ella una prueba de que yo habia llegado felizmente; un pañuelo de seda color de guinda floreado de colores, que fue también regalo de otra amiguita para que conservase esta memoria de su amistad; una bonita gorra de paja forrada en raso del mismo color, así como las cintas, flores y perlas de que estaba adornada. (87-88)

Este desembarco, verdadero bautismo en tierras europeas, será el único que Francisca registrará en su libro porque el periplo sigue, ferrocarril mediante, en Montpellier y Nimes para establecerse, al final, en Marsella. La referencia explícita a la moda es una de

las pocas en las que su feminidad coincide con la imagen doméstica adjudicada a las mujeres argentinas de su tiempo. Dice Masiello que a ellas se las situaba en “El vasto mundo de las emociones y de los sentimientos” considerándolas “ángeles del hogar, [que] debían ser las custodias invisibles de la nación” (76). También denota el sentido de hermandad entre congéneres que es frecuente entre las jóvenes que destinan sus vidas a la formación de una familia. En el mundo privado, en el seno del hogar, ellas suman sus experiencias, sus conocimientos y se sostienen emocionalmente. Espínola enfatiza en varias ocasiones este sentimiento ya que sus amigas de Argentina están presentes en la preparación del viaje, con sus recomendaciones y regalos, los cuales la autora no duda en recordar cada vez que la situación lo amerita.

En la segunda parte del relato, a partir del descenso al puerto francés su mirada se vuelca al mundo exterior. Cuando describe los paseos, las procesiones, los entretenimientos y las costumbres de las ciudades, Francisca descuida la periodicidad de la narración y—sin tanta precisión en las fechas—se ocupa de reunir imágenes más profundas y detalladas. Apela más a su memoria y a las impresiones que le producen los sitios que observa; olvida las letanías que había incluido antes y acumula muchas reflexiones, tratando de dar cuenta de todas sus nuevas experiencias:

[á] las siete [de la tarde] fuimos al embarcadero del camino de hierro, entramos en uno de los coches donde solo ivamos cinco personas: un sacerdote, el Sr. de Roqué, Anastay, yo y el sirviente; en los ocho ó diez restantes coches ivan otras varias personas, y en uno mucho mas grande y hecho a propósito van los equipages; á las siete y cuarto principió el vapor a caminar arrastrando tras de si todos los coches. Pero ¡qué carruajes tan decentes, con sus cristales iguales á los de los mejores coches de Buenos Aires, qué buenos almohadones, con qué comodidad se va! El movimiento es tan sereno que se puede llevar un vaso de agua en la mano, solo se advierte su velocidad por la rapidez con que desaparecen los objetos á la vista, pues apenas se puede percibir la extensidad de los sembrados, las muchísimas viñas y los árboles y flores que hay por todo el campo; se ven en el transito, á la distancia de una legua poco más ó menos, unos cuartitos de madera donde se halla un vigilante en cada uno, y al pasar el vapor se presentan en el camino con una pequeña bandera en la mano, cuadrándose militarmente, los que sirven para cuidar de que no haya una piedrecita ni el menor obstáculo en el camino, ni que transite nadie por el carril; á cierto trecho también se encuentran unas grandes casas, con un hermoso reloj en la fachada, estas casas se llaman estaciones y es el punto en donde unas personas esperan para agregarse al convoy, y otras se apean de los coches para tomar diferentes direcciones; también hay sus casas para comer y refrescar. El vapor toca un silbato en determinadas ocasiones para avisar á los vigilantes que hagan la señal de si el convoy debe de detenerse ó no. Durante nuestro viage encontramos otro convoy que pasó por el carril inmediato, pues en todos los caminos de hierro hay lo menos dos carriles, uno para el convoy que va, otro para el que viene, aquel venía de Montpellier á Cetta. Llegamos a Montpellier á las diez y

media de la noche, cuando me parecía que no habíamos andado una hora. (95-96)

El encuentro con el ferrocarril francés es un nuevo bautizo para la mujer argentina, y la semblanza que ella hace de sus sensaciones están dirigidas a que sus amigas puedan comprender cómo se viaja en tren, medio que aún es desconocido en el Río de la Plata. Las primeras líneas férreas extendidas entre Plaza Lavalle y la Estación La Floresta—en la actualidad, ambas dentro del ejido de Capital Federal, con un recorrido de diez kilómetros de distancia—fueron inauguradas en 1857, siete años después de la publicación del relato de Espínola. En el viaje a Nimes dice:

[M]e fijé en los coches mas que en Cetta; vi que eran ocho coches enlazados los unos á los otros ademas de la maquina (locomotor) donde va el fuego y el carreton de equipages; todos estos coches tienen tres separaciones y cada una de ellas ocho asientos, de modo que en cada coche van veinte y cuatro personas y en los ocho, mas los conductores y maquinistas, van doscientas; admirandome extraordinariamente no ver caballos y advertir la velocidad con que marcha todo este tren impulsado solo por la accion del vapor. (101)

En el relato del último recorrido en tren, camino a Marsella, Francisca Espínola remarca las tribulaciones provocadas por el traqueteo del viaje y los innumerables túneles que atraviesan al recorrer una geografía tan diferente a la llanura pampeana por ella conocida:

[M]e cuentan que cuando hacian los caminos de hierro se encontraban con el obstáculo de cerros elevadisimos, y para seguir la nivelación del terreno ha sido necesario el taladrarlos para formar estos subterráneos á los que se les da el nombre de *tunel*, y por eso, viajando por el camino de hierro generalmente no hay subidas ni bajadas, pero tan pronto se va sobre puentes elevadisimos como se pasa por debajo de tierra.

Como llevo dicho que á distancia de algunas leguas hay unas casas que se llaman estaciones, en una de ellas se bajaron todas las personas que ivan con nosotros en aquel coche y nos quedamos solos los tres: yo llevaba un corto almuerzo, salidos del susto y disfrutando de la claridad del dia, puse una servilleta en el asiento del coche y empecé á desmenuzar una gallina asada muy gorda; le pedí al sirviente la botella de vino que ya iba preparada con agua, y en un pocillo brindé á mi esposo por el sustillo sufrido en la obscuridad, [. . .] despues tomamos de postre un pastelon de manteca con dulce, unas pasas blancas, vizcochuelos bañados, enfin, esas friolerillas. -Ivamos pasando á la vista de pueblos hermosos, pero como el vapor va con tanta velocidad no puedo explicarles nada [. . .]. (106)

La voz de la narradora es similar a la que Adolfo Prieto descubre en *Travels in Chile and La Plata* del viajero inglés John Miers—publicado en Londres en 1826—que “recompone un tipo de acontecer pautado por secuencias cronológicas” [por lo que] “rara vez excede la

anotación del movimiento físico del viaje, ni se distrae en la incorporación de hechos o de anécdotas irrelevantes para la ilustración de un viajero futuro” (30). El relato es descriptivo, riguroso en los detalles, con una atención mucho más ligada a los objetos que a las personas, aunque a veces trasluce referencias a usos y costumbres que contrastan de las que Francisca trae de su tierra nativa.

El propósito de la *Memoria* de Francisca es adelantarse a sus propias amigas en el conocimiento de los paisajes y las ciudades francesas que visita, desde su arribo a Sète, a fines de mayo y la publicación del viaje, hacia julio o agosto del mismo año, cuando ya se han radicado en Marsella. La comparación con la “patria ausente” es un tema recurrente en el texto, aunque no sea explícita en las descripciones de cada una de las ciudades y de los recorridos que hace.

Al mismo tiempo que Xavier Marmier caracteriza a Buenos Aires por sus rasgos de *ciudad inacabada* y *uniforme*, Francisca admira los adelantos de las ciudades europeas. Marmier compara la ciudad porteña con otras del mundo entero, pero sólo ella está:

[C]ortada en líneas rectas y dividida en «manzanas», iguales de ciento cincuenta metros por cada lado [. . .] Casi todas [las casas] han sido edificadas sobre el mismo plano: un piso bajo con ventanas de hierro que dan sobre la calle; en la parte del frente generalmente un comercio, adentro un patio cuadrado al que se abren los departamentos interiores; luego un zaguán; a veces, un segundo y un tercer patio. Estas series de patios, sombreados por parrales y árboles, forman un conjunto delicioso; sustraídos a los ruidos de la calle, iluminados por un cielo hermoso y cubiertos de flores, son dignos del retiro de un poeta.[. . .]

La habitación de la familia argentina, [. . .] que resulta un tanto pobre para el europeo acostumbrado al confort del mobiliario septentrional; piso de baldosa, paredes enjalbegadas, dos o tres sillas de madera -de fábrica americana-, una mesa y un espejo, nada más [. . .]. (19)

De la morada donde fuimos acogidos con la más perfecta cortesía, pasamos a la acera de la calle, acera de ladrillos, muy fatigosa. Las calles son largas y rectas, como he dicho, y con sus hileras de casas bajas que parecen dados, y sus muros de cal, grisáceos por efecto del viento húmedo, dan la impresión de una ciudad inacabada. (20)

En contraste con las apreciaciones de Marmier, los aspectos que llaman profundamente la atención de Francisca en las ciudades francesas (Sète, Nimes, Montpellier, Aix y Marsella) son las fuentes de agua y el aseo de los paseos, las calles empedradas y los hoteles lujosos. Sus observaciones son minuciosas pero su mirada suele estar simplificada y sujeta a los detalles que su marido a veces—y el señor de Roqué o los lugareños, en otras ocasiones—le hacen notar. En una excursión hecha en Montpellier observa que:

El Sr. de Roqué nos invitó á dar un paseo á las seis de la mañana, pues ahora aquí es el verano, para que yo viese la principal fuente de donde se

distribuye el agua para toda la ciudad. [. . .] Al primer golpe de vista se me representó el teatro de la Victoria, es hermosísima; en el centro se halla colocada, sobre un grande pedestal que tiene en su base una ancha escalinata formada por muchas gradas, una magnífica estatua de piedra, cercada por una verja de hierro, y por medio de conductos de hierro se dirige el agua á diversos puntos de la población; hay cuadras en las que se hallan dos fuentes, y en la mayor parte de las plazas se encuentra tambien una comprendiendo su pilon un espacio extenso. Después pasamos á ver el jardin botánico, que es un establecimiento muy rico en plantas medicinales, y muy ameno para recrear la vista por la abundancia y la variedad de sus flores; muy agradable es el verlas pero no es permitido el tocarlas. En el parage mas centrico tambien se vé, sobre un pedestal bastante elevado, una estatua ecuestre de bronce, que representa Luis XIV á caballo, rey de Francia, titulado el Grande; todo el jardin está cercado por una bonita verja de hierro laboreada. De retirada vinimos viendo por las calles diferentes fuentes que al mismo tiempo que llenan su principal objeto con el abundante surtido de sus aguas, sirven de adorno en la ciudad y distraen la atención de los estrangeros, pues al examinar los varios grupos y figuras de leones, caballos, perros, reptiles, etc., brotando chorros de agua que los unos échan por la boca, los otros despiden por las narices, hacen recordar ciertos espíritus tomados de la mitología.

Además de las fuentes públicas, las hay también en cafés, fondas, establecimientos y casas particulares, pues pagando un tanto convenido a la autoridad se hace venir el agua á las casas, y en ellas se hacen las fuentes al gusto y del valor que se quiere. (96-97)

Como la narración de Espínola es simultánea al viaje, la descripción de paseos y caminatas por las ciudades es directa, cargada con imágenes de edificios, monumentos y parques. El servicio de aguas que tanto sorprende a la viajera se hace, por entonces, en Buenos Aires con carros de reparto que la entregan en las casas que lo requieren o mediante aljibes domiciliarios. Harán falta veinte años más para que las aguas corrientes se conviertan en una preocupación de las autoridades porteñas. Hasta 1869 no se estrenan las primeras cañerías distribuidoras—las cuales en el radio céntrico de la ciudad proporcionan agua potable a unas 40.000 personas, tendido que, aunque importante, resultará insuficiente.

En la *Memoria* Francisca reseña tanto la arquitectura como la historia de los lugares que visita; también enumera los rasgos de los transportes más habituales y detalla las costumbres en las ferias de verduras y frutas (90). Destaca el hotel del Mediodía, en Montpellier, con un servicio del que “[s]e advierte una decencia primorosa” (96), iluminado con “velas de esperma” y la función de teatro al que asisten, para deleitarse con una ópera de Donizetti (99).

En Nimes hace comentarios históricos sobre la Casa Cuadrada y el anfiteatro, y se sorprende con la banda musical que da un concierto en la plaza:

Por la tarde salimos de paseo para que yo viese la ciudad; llegamos á una hermosa plaza donde se hallaba una numerosa banda de músicos, compuesta lo menos de cien hombres, tocando varias piezas; y aun lado habría como mil sillas en las que el que quiere, pagando un sueldo, toma asiento y permanece hasta que se retira la musica ó la reunion que suele durar hasta las once ó las doce de la noche.

[. . .] despues pasamos á ver un edificio antiguo que llaman la Casa Cuadrada, hecha en la época de los Romanos, a pesar del tiempo está muy bien conservada, y en el día sirve de museo de pinturas. De allí, fuimos á ver el anfiteatro: monumento aun mas antiguo que la casa cuadrada [. . .]. (102-103)

Cuando realizan una visita a la hija de Anastay, residente en Aix, Francisca va a conocer los baños termales, acompañada por su marido. Esta experiencia, nueva e incomparable, le merece observaciones detalladas:

Hay para esto, en esta ciudad, un edificio muy hermoso; [. . .] se entra en una pieza ricamente amueblada con su mesa, sillas, espejos, cortinas de muselina labrada en las ventanas, una fuentecita para lavarse las manos y sus toallas, esta es la sala de descanso, de la que se pasa a los baños. Cuando se presenta un caballero con su señora le ofrecen una pieza que tiene por nombre *bains jumeaux* porque hay dos baños en la misma, y en ella se hallan dos sillas, dos sábanas y una bata blanca de hilo muy larga para entrar en el baño; estos son de piedra marmol, y el agua, naturalmente tibia, viene a ellos por medio de unos conductos ocultos que no presentan más que una llave, y con esta no se deja llenar el baño sino hasta la altura que se quiere, así como un resorte que hay en el fondo permite la salida del agua, y de este modo se cambia á voluntad. Este baño es muy agradable al cuerpo y sin embargo temía al principio dar vuelta de la llave, pero despues entregaba resueltamente mi cabeza al chorro que sale con mucha fuerza. Estaba yo cuidadosa de que Anastay no se quedase dormido, y á pesar de estar tan cerca le gritaba diciendole que se agarrara del borde del baño para poder verle la mano. Las piezas de uno y dos baños son muchas y tambien las hay para tomarlos frios. En el patio de esta casa hay una fuente con un pilon bastante grande y en el centro se halla un bosquecito con sus arbolitos; del bosque salen una porcion de chorros muy graciosos y por el estanque corren unos peces todos de color punzon; me llamaron tanto la atencion cuanto que eran los primeros que yo he visto; y no acabaría si me propusiera hacer la descripción de todas las fuentes que adornan las casas y hermocean los paseos. (130-131)

Espínola utiliza el recurso comparativo casi siempre en relación al mundo federal que ha dejado en Buenos Aires. Mide las distancias cotejándolas con las conocidas. El viaje en tren hasta Marsella la atemoriza cuando atraviesan “estos subterráneos á los que se les da el nombre de *túnel*,” cuya “obscuridad duró, según me digeron como de la plaza de la Victoria a los santos lugares de Rosas” (105-106).

Avanzado el relato, cuando el matrimonio se establece en Marsella, Francisca destina varias páginas a comentar cómo es la vida en esta ciudad de “200.000 habitantes.” Como Buenos Aires hacia 1852 poseía alrededor de 85.000 habitantes y Montevideo unos 34.000, las expresiones de Espínola recorren un abanico de usos y costumbres de francesas y franceses que es inusual en las tierras del Plata. Su atención destaca la elegancia de las casas, en su mayoría modernas; el uso de cristales en las ventanas y el tapizado interior de papel pintado; el trazado de las calles y su empedrado; los servicios de desagüe y de provisión de agua potable mediante fuentes distribuidas en toda la ciudad, el alumbrado a gas, el aseo de veredas y paseos de calles arbolados en distintos puntos de las villas.

Las calles son anchas y rectas; el piso muy bien construido y muy bien conservado, hecho de un empedrado ancho, ajustado e igual que formando un lomo en el medio evita, cuando llueve, que se haga barro y que se detengan las aguas, porque esta pendiente las dirige a unos arroyos que hay en las extremidades por las que también corren continuamente las aguas sobrantes de las fuentes, las que se utilizan para regar las calles é impedir el polvo que se hace al tiempo de barrerlas y el que se levanta en el verano con motivo del continuo tránsito de la gente e incesante paso de carruajes; entre el arroyo y la línea de las casas hay unas aceras ó veredas, más o menos anchas según lo permite la calle, mas elevadas que el empedrado y muy bien embaldosadas, de manera que los coches no pueden atropellar ni aun incomodar á las personas que transitan por ellas; sobre estas veredas y á la entrada de las casas hay una plancheta de hierro que sirve para quitar el barro que el calzado pueda tomar en tiempo de lluvia y entrar con curiosidad en ellas pero encuentro un gran defecto, pues siendo los edificios tan lisos que no tienen ni una pilastra, en las puertas de las casas se hallan cuatro o cinco umbrales de piedra que en muchas pasan del medio de la vereda; imperfección que á esta fecha creo no se vera en mi patria, según las reformas que á mi salida estaban ya emprendidas bajo la dirección de nuestro sabio y coloso Gobierno. (119)

Cuando comenta la circulación de transportes por la ciudad y la región, se muestra sorprendida porque los caballos se usan muy poco, salvo para paseos de “gran lujo” que hacen señores y también señoras. El trato que los peones dan a los animales y el esmero con que los atienden llaman tanto su atención como el trabajo de las “lecheras” que pasan con dos o tres vacas, burras o cabras, se detienen en las casas donde son llamadas y ordeñan sus animales, vendiendo así la leche “bien calentita” (121-123). También, describe el puerto “de grande comercio,” capaz de albergar más de mil barcos por día y el pintoresquismo de las embarcaciones de paseo que se hallan en la zona (120-121).

Se asombra porque los lavaderos que se hallan dentro y fuera de la ciudad “están bajo de un cubierto que guarece á las lavanderas de la lluvia y de los ardores del sol.” Las lecheras y las lavanderas de Marsella son las únicas mujeres distintas a las de su clase sobre las que habla Francisca en el texto, aunque tampoco se ocupa demasiado de ellas.

Hace una profusa enumeración de los productos que se pueden adquirir en el mercado marsellés: carnes de todo tipo, verduras frescas y frutas. La cantidad de puestos y de gente que lo transita diariamente sorprende a Francisca, que remarca que el poder público está “vigilante” de que se cumpla, por ejemplo, con la exactitud del peso. Denota que “el celo de la autoridad previene y abraza todo con admiración; los comisarios y subalternos, siempre vigilantes, desempeñan sus deberes con prudencia y exactitud” (125). Le dedica un párrafo a la descripción del edificio de la Bolsa que se halla en la plaza central, contando las explicaciones que su marido le da cuando ella, intrigada, pregunta qué hacían diariamente “al rededor de este edificio cerca de dos mil personas” (125). Describe los almacenes de loza, las zapaterías, el lujo de bares y confiterías y aún de las “salchicherías” que iguala a estas últimas por el aseo y el uso de mármoles y espejos en la decoración. Los puestos de flores, en el centro de la ciudad la maravillan por la abundancia que hay en cada uno de ellos que ella describe como “[. . .] casitas de hierro colado, muy bien pintadas, de figura hexágona, con un techo á estilo chinesco” (126).

La devoción mariológica

Señala Dora Barrancos que el influjo de la iglesia católica es muy fuerte a mediados del siglo XIX y en consecuencia se considera a la familia como el núcleo básico de la sociedad: “El ideal de la madre como figura excepcional tuvo mucho que ver con los dogmas católicos de 1850 y 1854, que subrayaron la dignidad sagrada de la Virgen María y que habilitaron el amplio culto “mariológico” (104).

En la *Memoria* de Francisca las evidencias sobre su religiosidad sobrecargan todo el relato. Como se ha señalado, el viaje marítimo es una sumatoria de súplicas, novenas y oraciones cuyo destino principal es la imagen que los Anastay llevan consigo. En todas las ciudades que visitan una de sus primeras actividades es asistir a misa junto a su marido. Francisca lo destaca en su narración diaria, que comienza con alguna reflexión sobre su vida como creyente. En Sète anota:

Después de haber oído misa nos volvimos á casa, y como vinieron muchas señoras á ver á mi Madre de los Desamparados, me dijeron: justamente hoy se ha concluido el Mes de Maria, pues aquí en Francia, en todas las poblaciones, se venera Nuestra Señora con esta solemnidad durante los treinta y un días del mes de mayo, y Vd. ha llegado en el último y ha venido á visitarla. ¡Prodigio grande! contesté. (91)

Espínola se presenta en muchas ocasiones como una mujer piadosa que no sólo atiende al culto a la Virgen María, sino a una gran cantidad de santas y santos que la acompañan en sus ruegos y consuelos. No sólo los incorpora en las alusiones al Santoral, sino en algunas anécdotas y comentarios que introduce en la narración como muestras del cumplimiento de los ritos católicos, como prácticas que no han perdido continuidad desde que se embarcan.

En tierra firme, el recorrido francés coincide con las procesiones de *Corpus Christi*, festividad que se celebra los primeros días de junio, el jueves siguiente al octavo domingo después de pascua de resurrección. El *Corpus* de Marsella es el que la autora describe con

mayor detalle, destinando muchas páginas a relatar las prácticas religiosas (108-115), con descripciones del ritual y de los adornos para el culto al Santísimo Sacramento que observa durante varios días consecutivos: la decoración y el aseo previo en las calles que recorrerá la procesión; el arreglo de los altares con bordados hechos a mano por las jóvenes del lugar; los doseles adornados con figuras de ángeles y guirnaldas florales; los protagonistas de la procesión, sus hábitos monacales o festivos, en el caso de personas comunes; el paso de congregaciones, hermandades, grupos escolares y laicos e incluso los penitentes, de “larga túnica ajustada a la cintura con un cordón y del cual llevan pendiente un grande rosario,” con “una capilla muy alta y muy puntiaguda que les cubre la cabeza y rostro” (112).

En el universo de la peregrinación por las calles de la ciudad nada parece escapar a la mirada atenta y emocionada de Francisca, que no ahorra palabras cuando quiere poner en evidencia su acendrada fe cristiana. Su predisposición a demostrar que su vida espiritual está por delante de toda otra preocupación es tan notoria que, por ejemplo, refiere su encuentro con un sacerdote español quien permitiera una confesión apropiada (116-117). La minuciosidad con la que contempla los ritos cristianos de la región de la Provençe es un ejemplo lúcido del valor que tiene la *Memoria* para el estudio de las costumbres de esa época.

Gineceo del negro sobre blanco

Hacia el final del libro, Francisca se vuelve reflexiva sobre su situación en Francia. Trata de sostener un diálogo con sus interlocutoras argentinas, dando cuenta de la soledad que siente al no poder confiar en amigas y parientes. También, narra cómo son el cementerio y los entierros, y hasta escribe su epitafio y algunas indicaciones para su tumba. Su insistencia sobre la pérdida del contacto con la gente de su patria es evidente en el momento en el cual pretende terminar la *Memoria* para que ésta sea transportada a Buenos Aires. Francisca cavila en sus explicaciones: por un lado quiere admitir su suerte de mujer casada con un hombre que la cuida, pero por otro, extraña su tierra y a sus amistades. En sus ideas finales dice:

Afirmo que no hay momento en que no recuerde con ternura los ratos amables de las reuniones que con Vds. tenía, tanto religiosas como de mesa y de diversiones, y tan alegres como decentes; sé que Vds. dirán que para todo daba mi genio, así como el amor y contento de Vds. siempre aumentaba mi júbilo. De qué podré, sin embargo, decir a Vds., hijitas, que carezco en estas ciudades? Carezco, sí, sí, de mi querida Patria y de la inestimable unión de Vds., que no es poco; su memoria será siempre para mí del mayor interés; sí, este es uno de los paliativos que la hacen agradable. –Por lo demás, todo es igual a mi Patria [. . .] Yo, para emprender mi viaje a Europa, necesité adquirir secretamente un vigor extraordinario; sí, he vacilado mucho tiempo y pesado el pro y el contra. (139-140)

Son postreras especulaciones se enlazan con el inicio de la *Memoria* en el punto en el que la escritura consigue un tono de franca confesión amistosa. Para cerrar la explicativa

dedicatoria que abre el relato, ha adoptado un ruego íntimo: “Suplico, en fin, á mis parientitas y amiguitas, no hagan publico este escrito leyéndole privadamente atendida su desnudez” (4). Aquel comienzo en el que Espínola de Anastay advierte a sus futuras lectoras, parientes y amigas más cercanas, que su texto no debía ser mirado como una obra literaria, ahora puede ser integrado en el campo escriturario ya que el relato de Espínola *dice* mucho del allá, *su patria perdida y añorada* y del aquí. Es en los paisajes que muestran a una mujer que, a pesar de no abrigarse en las letras es capaz de advertir también, que sus impresiones pueden ser útiles a otras congéneres.

Autora de un solo libro, el texto de Francisca Espínola amerita una relectura ya que da cuenta de las dificultades que esta mujer se animó a *decir* de su viaje tan personal como subordinado a la vida familiar o más bien matrimonial, y permite imaginar lo que habrá debido *callar* (Jitrik) para que su escritura se plasmara en la *Memoria del viage a Francia*. La narración destinada a las otras, amigas y parientes, expresa también la intención de identidad gineceica con tantas mujeres de su tiempo que—intencionalmente o no—hace de sus plumas un instrumento que desde el mundo privado trasciende la frontera doméstica con palabras moldeadas en negro sobre blanco.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Notas

- ¹ Todas las citas de la *Memoria* conservan la ortografía original.
- ² “[M]i padre se llamaba José Antonio y mi madre Ana María” (*Memoria* 128). Otra mención de José Antonio Espínola aparece en una lista de militares transcrita en *La campaña libertadora del General Lavalle (1838-1842)* (Barba 78).

Obras citadas

- Barba, Enrique M. Introducción. *La campaña libertadora del General Lavalle (1838-1842)*. La Plata: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Documentos del Archivo, Tomo XI, 1944. 78. Impreso.
- Barrancos, Dora *Mujeres en la Sociedad Argentina Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana, 2007. Impreso.
- Batticuore, Graciela *La mujer romántica. Lectoras, autores y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa, 2005. Impreso.
- Cicerchia, Ricardo. "De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad." 19th. International Congress of Historical Sciences, University of Oslo, 6-13 Agosto 2000.
<http://www.oslo2000.uio.no/program/papers/s17/s17-cicerchia.pdf>. Web. 1 Diciembre 2005.
- De Oto, Alejandro y Jimena Rodríguez. "Sobre fuentes históricas y relatos de viaje." *Derroteros del viaje en la cultura*. Ed. Sandra Fernández, Patricio Geli y Margarita Pierini. Rosario: Prohistoria ediciones, 2008. 21-32. Impreso.
- Espíndola de Anastay, Francisca. *Memoria del viaje a Francia de una argentina de la provincia de Buenos Aires* Marsella: Imprenta de Carnaud, 1850. Impreso.
- Fernández, Sandra, Patricio Geli y Margarita Pierini, eds. *Derroteros del viaje en la cultura*. Rosario: Prohistoria ediciones, 2008. Impreso.
- Fletcher, Lea, comp. *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Feminaria, 1994. Impreso.
- Frederick, Bonnie. *Wily Modesty. Argentine Women Writers, 1860-1910*. Tempe: Arizona State University-Center for Latin American Studies, 1998. Impreso.
- . "El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla." *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Lea Fletcher, comp. Buenos Aires: Feminaria, 1994. 246-251. Impreso.
- Jitrik, Noé. *Los viajeros*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1969. Impreso.
- Kupchik, Christian. "Las máscaras del movimiento (Hacia una moral del viaje o itinerarios por la inmensidad íntima)." *Derroteros del viaje en la cultura*. Ed. Sandra Fernández, Patricio Geli y Margarita Pierini. Rosario: Prohistoria ediciones, 2008. 73-80. Impreso.
- Lojo, María Rosa. "Eduarda Mansilla: entre la 'barbarie' yankee y la utopía de la mujer profesional." *Gamma*, Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Historia y Letras, Buenos Aires, Año XV, N° 37 (Septiembre de 2003): 14-25. Impreso.
- Marmier, Xavier. *Buenos Aires y Montevideo en 1850*. Trad., pról. y notas. José Luis Busaniche. Buenos Aires: El Ateneo, 1948. Impreso.
- Masiello, Francine. *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1997. Impreso.
- Mizraje, María Gabriela. *Argentinas de Rosas a Perón*. Buenos Aires: Biblos, 1999. Impreso.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997. Impreso.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*. Buenos Aires: Sudamericana, 1996. Impreso.
- Saézn Quesada, María. *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998. Impreso.

- Salvatore, Ricardo. "Consolidación del régimen rosista (1835-1852)." *Revolución, república, confederación (1806-1852)*. Nueva Historia Argentina 3. Dir. Noemí Goldman. Buenos Aires: Sudamericana, 2007. 323-380. Impreso.
- Sosa de Newton, Lily. "Eduarda Mansilla de García: narradora, periodista, música y primera autora de literatura infantil." *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Comp. Lea Fletcher. Buenos Aires: Feminaria, 1994. 87-95. Impreso.
- . *Las argentinas y su historia*. Buenos Aires: Feminaria, 2007. Impreso.
- Szurmuk, Mónica. *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. México: Instituto Mora, 2007. Impreso.
- Tristán, Flora. *Peregrinaciones de una Paria*. Lima: Fondo Editorial UNMSM, 2003. Impreso.